

Al ciudadano de a pie

Sucedió de pronto, como un huracán que abre aparatadamente las ventanas, escandalizando y refrescando la casa entera. Pasábamos, según nos juraban, de la opresión a la democracia, o sea, del callar y conspirar a gritar las cosas en voz alta y a expresar —libremente, nos decían— nuestras preferencias, nuestras inclinaciones nuestros deseos, nuestras realidades y hasta nuestros oscuros fantasmas libidinosos.

Nos abrieron las urnas, nos invitaron a formar cola ante los colegios electorales y nos llenaron los oídos con proclamas de derechos y de libertades, impulsándonos a elegir a quienes tenían que representarnos, lo mismo que pasa —nos repetían— en los países más avanzados; lo que no hizo nadie —y eso sucede exactamente igual en esos países que nos ponían como ejemplo— fue avisarnos de que resultamos mucho más fáciles de controlar si se nos da la oportunidad de expresar abiertamente nuestros deseos que condenándonos la voz por decreto, imponiéndonos el silencio a toque de clarín y llenándonos la vida de imágenes en las que nadie podría creer.

Nadie nos dijo —y en eso hemos pasado también a formar parte de pleno derecho de nuestro mundo occidental, orientado por oscuros decretos nunca proclamados —que las palabras, y hasta los acontecimientos, hace tiempo que dejaron de ser semánticamente válidos. Que cada cosa que se expresa —libremente, dicen—

responde a un contexto en clave, del que nunca nos darán razón para que podamos interpretarlo correctamente. Que cada dicho y cada hecho con los que hemos de enfrentarnos a diario no son lo que parecen, sino que están obedeciendo a una dimensión esotérica a la que sólo los iniciados en el cotarro socio-político-económico-religioso pueden tener acceso. Y que aun ello, por más que lo crean, no están capacitados para integrarse en ese mundo crítico con pleno derecho y en ejercicio de sus libertades personales, sino que forman parte de un tinglado que les supera ampliamente y que los utiliza como piezas de un juego de dimensiones cósmicas del que nosotros, ciudadanos de a pie, somos meros espectadores, asombrados en la contemplación de unos movimientos que no sólo ignoramos a qué obedecen, sino incluso quién les sirve de motor, de estímulo, de causa mediata.

Lo único —relativamente— bueno que nos puede suceder es que a veces, en ese mundo infranqueable en el que se encierran las sinrazones de nuestra radical falta de libertad, se abren grietas por las que se atisba, si no la causa profunda de nuestra manipulación, sí, al menos, unos indicios que nos permiten medio adivinar medio sospechar la colosal estructura que mueve los hilos de un comportamiento planetario que intenta —y casi lo ha conseguido ya— controlar la vida y hasta cada movimiento de todos nosotros, desde el ejecutivo agresivo que cree poseer

la clave del éxito —¿de qué éxito?— al niño hambriento del Mali, que perece de inanición mientras en los campos del mundo occidental se queman los excedentes agrarios para mantener los precios de consumo. Y lo que vislumbramos por esas grietas no son comportamientos humanos, sino cifras y números y esquemas microcomputados que actúan impersonalmente, en beneficio no del hombre, sino de una entidad metahumana —inhumana— en la que ese hombre, ese ser humano que dice pensar y sentir y amar y elegir, es apenas un tornillo, o una conexión o una molécula despersonalizada de la gran colmena-madre que parece ser lo único realmente digno de supervivencia.

Digo yo sí, en medida de nuestras fuerzas, merecería la pena que tratásemos de proclamar también cualquier indicio, por pequeño e insignificante que fuera, de esa manipulación soterraña. Digo yo si podríamos contribuir de ese modo a que todos nos diéramos cuenta al menos, de los estrictos límites en los que nos permiten movernos. Digo yo sí no sería posible tomar conciencia real de las limitaciones que tratan de imponernos y, de ese modo en la medida de nuestra calidad de seres humanos secularmente condicionados, intentar abrir de verdad el campo de esa libertad que nos es absolutamente necesaria para ejercer nuestra condición de seres racionales.

¿Lo intentamos?

JUAN G. ATIENZA